
EL RECLUTA

Cuentos de:

RICARDO OLANO

ESUSEBIO ROBLEDO

JULIO VIVES GUERRA

J. A. GAVIRIA

LUIS DEL CORRAL

ALFONSO CASTRO

JOSE MANTOYA

JUANILLA

GONZALO VIDAL

TOMÁS CARRASQUILLA

EDITOR: H. GAVIRIA I.

TIPOGRAFÍA CENTRAL MEDELLÍN
DIRECTOR, H. GAVIRIA I.

ADVERTENCIAS

Damos el siguiente tema para un cuento corto que no traspase los límites de tres columnas de El Cascabel: Un pobre recluta que ha hecho campaña en la presente contienda civil y que á su regreso encuentra en su hogar ... lo que quieran que encuentre los Sres. Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Dr. Eusebio Robledo, Julio Vives Guerra, Alfonso Castro, Armando Carrera y K. Ombre, á quienes suplicamos encarecidamente tengan la fineza de desarrollar dicho argumento.

No se trata absolutamente de un concurso. Deseamos - usando y abusando de la benevolencia de nuestros amigos- que el público lector vea tratado un mismo asunto por ocho escritores distintos, en ocho estilos distintos, de ocho distintas maneras.

* * *

Por una serie de circunstancias que sería largo enumerar aquí, los ocho cuentos sobre el recluta, que debían salir en un número extraordinario de El Cascabel, han ascendido á once (siempre que Efe Gómez no tire para atrás), y serán publicados en un librito precioso de más de cien páginas con los retratos - fotograbados por Julio Restrepo y Manuel Botero E.- de los once escritores, más la vera efigie de un recluta legítimo, en la portada del libro.

(Tomado de El Cascabel).

LA VUELTA DE JUAN

JUAN se fue á los ardientes valles del Nus, allá lejos, al Ferrocarril, en busca de un buen salario. En su pueblo dificilmente se ganaba la vida; su pedacito de tierra, donde un frondoso mango sombreaba la pobre casa, ya no tenía savia para las semillas, estaba seco y cansado.

La fortuna se le mostró propicia en los primeros días. Logró conseguir en la Empresa un destino que le dejaba algún tiempo libre, el cual empleaba en pequeños negocios que al fin del mes le producian ganancias halagadoras. Y en su tosco lenguaje, bajo el cual palpitaba su sencilla ternura reveladora de la nostalgia del hogar querido, escribía largas cartas á su mujer. "Conseguí esos diez peruanos que te lleva Jorge -le decia en una de ellas- para que le comprés á la niña un traje de muselina azul y una pavita para la Nochebuena." Y desde entonces le anunciaba que en ese tiempo estaría con ellas, que les llevaría primorosos aguinaldos.

Pero vino la guerra y su huracán espantoso pasó por el Ferrocarril. El General Mendoza recogió todos los peones, como corderos, y en un buque viejo los echó río abajo. Juan logró escaparse en Puerto-Berrio metiéndose á los montes, huyendo como un criminal. Cuando el hambre y la fiebre lo agobiaron se presentó en Caracolí. Le dieron doscientos palos por desertor y de allí hubieron de llevarlo al Hospital, moribundo.

* * *

Esplendoroso llegó Diciembre ese año. El lindo valle, lleno de luz, se poblaba de familias que dejaban á Medellín para gozar del verano en el campo. Por la carretera iban las gentes, con sus trajes vistosos, defendidas del sol por los sombreros de amplias alas. Era todo colores, alegría, risas y cantos.

Pepa -la mujer de Juan- que veía pasar esa ola de dicha desde la colina donde el frondoso mango sombreaba su casita, no envidiaba nada, ni á nadie. Ella también era feliz. Pronto vendría Juan. Le aguardaban su casa pobre y limpia, su mujer, su hijita, que cuando le estrenaron el vestido azul y la pavita de paja, corría por el llano, mostrando su galanura, llamando á su papá. Porque desde que Juan se fue, la niña soltó la lengua.

* * *

Ya mediaba Diciembre. El bello tiempo de los aguinaldos estaba encima, y Juan no aparecía, y ni una carta, ni unas simples saludes. Pepa comenzó á sentirse intranquila, dominada por un presentimiento tenaz y cruel, el anuncio secreto de la miseria y del desamparo. Y se pasaba las horas mirando largamente la carretera, esa hermosa carretera blanca, tan bulliciosa en el día, y que de noche, á la luz de las estrellas, da la ilusión de un río que corriera en silencio por entre los sauces y los cañaverales á perderse allá abajo, en la misteriosa claridad que flota sobre Medellín en la calma de la noche.

Una tarde, de larga fila de soldados que pasaba se desprendió uno, y sin rodeos, brutalmente, como quien hiere con el puñal, dio á Pepa la noticia de que Juan se estaba muriendo en el Hospital del Nus: "Quién sabe cómo le habrá ido -añadió- yo hace un mes que me vine de allá."

Silenciosamente, sin hablar una sola palabra, como si el dolor que le rompía el pecho le anudase la lengua, la pobre mujer arregló su viaje. Al otro día, muy temprano, se fue por la carretera abajo. Y se llevó á la niña. ¿Cómo dejarla? Ni siquiera pensó en lo duro del viaje, con aquella criatura delicada, tan pequeñita, con sus cuatro años no cumplidos aún.

Era viernes, día de mercado, y unos conocidos le llevaron la niña sobre un carro hasta Medellín. Después la cargaba á ratos, y á ratos caminaba la niña, despacito, por la sombra.

Ya de noche se arrimaron á una casa del camino y las buenas gentes les dieron posada. Muy tarde la chiquita despertó llorando. ¿Era por su "papacito querido que estaba enfermo"? Pepa, al estrecharla contra su pecho para que se callara, sintió que la fiebre quemaba el cuerpecito de la niña, y, levantándose, pudo ver sus labios secos, su boca contraída en un gesto de agonía.

En aquel tiempo la viruela hacía estragos en esa región; y los dueños de la casa, creyendo que lo de la niña era la fiebre precursora de la enfermedad, temerosas del contagio, hicieron que Pepa se saliera de allí.

Y ella se marchó, muerta de angustia, con su hija en los brazos, por entre la oscura niebla de aquel amanecer de Diciembre.

En un arroyo le humedeció los labios á la enferma. Y allí cerca, a la vera del camino, en un llanito, se sentó dolorida. Su hija se moría. Los ojitos cerrados se hundieron en sus cuencas, los labios se tornaron negros, un frío glacial sucedió al calor de la fiebre... Suavemente la niña se quedó muerta.

Amanecía. El fresco viento empujaba la niebla hacia las montañas azules. Sobre el haz de las aguas, en el río dormido, flotaba un tenue vaporcillo blanco. El sol asomó -allí cerca- sobre el alto picacho del Ancón. ¡Y no tembló al ver ese cuadro de muerte, esa madre que en su locura miraba extática al cielo indiferente, mientras el cuerpecito de su hija yacía junto á ella sobre el césped abrigado por el rocío!

* * *

Con la fresca de la mañana, acariciado por el sol que nace, Juan va soñando mientras los arrieros que lo acompañan entonan cantos alegres. Aunque flaco y rendido, ese día llegará á su casa, á su casita sombreada por el mango, allá arriba, donde lo aguardan su Pepa y su hijita. Va muy pobre y muy enfermo. Pero las dulzuras del hogar le volverán la vida y, por lo demás, ¿no fue pobre siempre? Los pocos pesos que lleva -apenas el sueldo de un mes- recibidos al salir del Hospital, son para celebrar la fiesta clásica de la familia, la Nochebuena; para los dorados buñuelos, para la temblorosa natilla, para el pesebre rústico, blanco de flores, con la mula, y el buey, y el niño Dios que mira cariñoso con sus dulces ojos azules. ¡Qué cerca está toda esa ventura!

Embragado y feliz con su sueño va andando lentamente. En una vuelta del camino encuentra un silencioso cerco de mujeres y de niños. Se llega á él curioso, y, sin poder creer, clava los ojos en ese cuadro... en su mujer que loca de dolor mira extática al cielo indiferente, y en el pobre cuerpo de su hijita muerta que yace lívido medio envuelto en la batica azul, sobre el césped abrigado por el rocío...

RICARDO OLANO

UN POLVO Y... NADA MÁS

Si uno tuviera seguridad de volver a la casa siempre, hasta era de dejarse reclutar para sentir este gusto tan grande que parece cos'el cielo...

Y Simón principió a cantar sus coplas, ya casi olvidadas en la campaña cruenta, y aligeró el paso cuando se acercaba a la casita amada donde le aguardaban con anhelo infinito su Teresa, la compañera fiel de largos años, todavía vigorosa, joven y atractiva, con las lozanías de la mujer en desarrollo pleno de todas las energías del sexo, y su hija, la pequeña Raquel, único retoño de ese injerto de aquel montañés fornido de la zamba de ojos negros, que ponía a todos los Tenorios de ruana y de levita con el corazón tic tac, saltando recio, y la boca seca, con su andar de hembra excitadora y ese meneo "entre merced y señoría" de las redondas pulposidades femininas.

En tal día perdió el sultán del serrallo alado una de sus crespas y fáciles compañeras, que fue a la olla; las escobas cumplieron su misión con celo ardiente hasta quedar espeluznadas y sudorosas en el rincón oscuro, y los trajes nuevos de muselina salieron a lucir sobre Teresa y Raquelita.

- ¿Qué me traerá mi papacito? Ay, casi nián m'iacuerdo dél... tan querido!

- Qué te va a traer, si el pobre viene de la guerra y enfermo. A coger la cama vendrá...

Ambas caminaron larga distancia para ir al encuentro del héroe anónimo que se había salvado de la borrasca revolucionaria.

Y quede a otras plumas el relato del tope del esposo y padre, después de un año de ausencia forzada y dolorosa; pinten los artistas de la palabra lo que sintió Simón, eso muy hondo que lo hizo llorar, a él, el sereno soldado, el valeroso montañés; digan los cirujanos del alma, los disectores del corazón, cuánto se encerraba en los abrazos mutuos, en los vocablos entrecortados, en los brincos de la niña, en el mirar de Teresa, en el temblor del marido, en los besos calientes y amontonados...

Aquello era para Simón un desbordamiento de la dicha, un respiro de felicidad á pulmón lleno, una mezcla del amor de padre á hija -limpio como jirón de cirrus blanquecino, puro como pompón de acacia- con el amor de esposo á esposa, con el futuro próximo de goces conyugales, con la vista de la casita, que encarnaba una acumulación de largos esfuerzos y economías y que representaba el núcleo de afectos hondos, con la imagen de un porvenir risueño que revoloteaba como mariposa multicolora ante la mente fascinada, con el recuerdo de las torturas de la campaña...

Todo, todo cruzaba por el alma de Simón en montonera confusa y seductora, cuando descansó, por fin, en la antigua tarima de su sala humilde... La noche principiaba á asomarse como avergonzada y temerosa tras las montañas de azules lejanías, y la placidez de la naturaleza formaba concierto con el alma del soldado.

La música y la poesía son los únicos elementos que pueden exteriorizar, así las grandes tempestades y las tragedias dolorosas del corazón, como los poemas de la felicidad humana... Simón tomó su tiple que hacía largos meses permanecía colgado á la pared, envuelto en la mugrosa y empolvada chuspa de género blanco, y principió á cantar con voz que tenía las sonoridades de la dicha. Los altos y bajos de sus canciones parecían traducir los variados movimientos de su corazón en plena exuberancia de goces indefinibles, y sentíase que el soldado se esforzaba por encarnar su sér, su alma entera, en cada nota, en cada palabra que mandaba á volar acompañada con la vibración purísima del tiple, como vuelan las parejas de gaviotas blancas bajo el dombo de un cielo azul. Clavaba sus ojazos dulces y humedecidos en Teresa, con el enamoramiento y la dulzura que producen en los seres buenos las entrevistas, después de ausencias largas, y le arrancaba acentos soberbios á las cuerdas, con fuerza, talvez con ira, porque no las hallaba á la altura de la música interna de su sér apasionado. Quería decirle á su compañera muchas cosas, quería ahogarla entre los brazos y envolverla en una atmósfera de cantos, de ternezas, de arrullos, de caricias... pero no podía porque le faltaban estrofas bastante decidoras, y ni el tiple era válvula suficiente para dar escape á todo lo que guardaba su corazón enamorado. Y cantaba:

Dos cosas llevé á la guerra,
Dos cosas truje con yo,
El bendito escapulario
Y tu retrato mi amor;

Y junticos en el pecho
Apostaron ellos dos
A cuál llevaba más besos...
Y tu estampita ganó.

Con tu recuerdo llevé
El de mi niñita bella,
Vos fuiste ángel, yo fui mago,
Y la niña fue mi estrella:

Qué dicha y satisfaión
Golver á vernos aquí...
Tate quieto corazón
Que m'estás matando así.

Teresa lo miraba con un una expresión indefinible, y cualquiera hubiera podido distinguir un como raro fulgor en aquellas pupilas dilatadas que ora se fijaban en el esposo alegre, ora en la niña inocente y satisfecha, que se mantenía entre las piernas del padre, adormeciéndose, como en suave deliquio de amor filial, con las coplas del cantor y los arpegios del tiple.

Lista más que nunca, hacendosa y complaciente, fuese Teresa á preparar la cena para el recién venido, operación que interrumpía de cuando en cuando, asomándose á la puerta como en espera de algo importante.

Dos muslos robustos, frisoles en abundancia, buena arepa, estuvieron pronto sobre la mesa de Simón. Este, sentado sobre bochinchoso y desvencijado taburete, cargaba sobre las piernas á la "hija del alma" y de cada uno de aquellos platos le daba un poco, á manera de las aves que alimentan á sus pichones desde el borde de sus nidos ocultos.

Teresa vació en la cocina una gran totuma de mazamorra, y luego tembló, tornóse pálida, y haciendo

un esfuerzo y metiendo la conciencia en un antro, como el avestruz la cabeza entre la arena, se dijo:

-Sí... sí, nada me sucede. Diré que son consecuencias de sus enfermedades de la guerra. Y... qué sabroso después!... *E/* no demora en venir, pero cuando venga ya todo está hecho... y la disculpa es muy fácil porque pa eso m'he manejao muy bien y todos han visto lo contenta qu'estao...

La totuma fue llevada á la mesa, y...

-Tomátela toda, toda, qu'está muy buena, la tenía pa vos solito.

-No puedo con más -respondió Simón- si toy tan tomao d'estas jiebres que no me dejan ganas de comer, y en demás con la dicha dioy... Tome Raquelita, tómese usted unos traguitos á la salud de su mamita tan querida...

-No...! no...! no...! gritó desesperada Teresa, y se arrojó sobre el grupo de padre é hija para arrebatar aquella cuchara é impedir aquel trago de Borgias...

-No... ella no, porque hastao enfermita del estómago...

Pero ya no había remedio: la niña había tragado con precipitud, y el polvo de estriquina hacía sus efectos en aquel organismo de pequeñuela, víctima del destino y envenenada por mano del padre inocente.

No había muerto aún, cuando entró un señor de la ciudad al hogar enlutado.

-Es mi marido -le dijo muy paso Teresa... ¡Dios mío, mi hija fue la envenenada! ¿Qué hago... qué hacemos?

-Pero esto qué fue, ¡Dios Santo! -exclamaba Simón en la desesperación del más grande, del más hondo de los dolores humanos.

-Te lo dije qu'estaba muy enferma -gritó Teresa.

Esa noche hubo velorio, y concurrencia, y secreteos, y conjeturas y...

El pobre Simón siguió desde aquel momento arrastrando consigo sus torturas indecibles y balanceándose entre el dilema horrendo de ser él el matador de su hija única é idolatrada, ó el de ser su

esposa, junto con el señor complaciente de la villa, quien había puesto uno como polvo blanco que pudo distinguir en la mazamorra de la noche nefasta. Al cabo esta opinión última fue arraigándose más y más, hasta tomar proporciones de evidencia.

No volvió á entonar sus coplas alegres, pero sí se propuso cantar algunas otras, sacadas de su repertorio inagotable, y no hubo noche en que dejara de oírse una voz triste y sugestiva de montañés, que así exclamaba al són de un tiple destemplado:

Deji'úna Paloma en casa
Cuando me jui pa la guerra,
Y al golver de la campaña
Me la topé con espuelas.

Deji'úna oveja sin cachos,
Como todas, y muy mansa;
Y al golver teni'únos largos
Que me los metió hast'el alma.

Como esa oveja y paloma
Son las mujeres malditas
Qu'entre picos y entre bromas,
En güevos ó en mazamorras
Se comen hasta las hijas.

-¿Por qué cantás asina? -preguntaba Teresa con los ojos bajos.

-Por nada -respondía Simón, y continuaba la serie de sus coplas punzantes.

Hasta que las notas arrancadas con maestría al tiple por esa mano encallecida, y las canciones acusadoras del héroe sin nombre fueron penetrando hondo, en el alma de su esposa. Ya no le entraban por los oídos sino por el corazón y eran á manera de punzadas agudas que le producían dolores desesperantes.

Así fue á la tumba, y aquellas coplas fueron su himno fúnebre y la nota última que pudo oír entre las

agonías de la muerte y cuando principiaba á entrar en el imponente silencio del sepulcro.

Simón no olvidó sus cantos, y á ellos agregó después con delectación, las coplas siguientes, aprendidas de cualquier humilde rapsoda popular y que encarnaban todo el poema trágico de su vida, á la vez que una sátira literaria:

Con versos maté yo un día
A quien su hija mató;
No puede la Polecía
Quitarme con osadía
Lármita qu' esgrimo yo.

Maté con canción hermosa
De mi vigüela al compás;
No me pueden hacer cosa
Porque con versos en prosa
Hay otros que matan más.

EUSEBIO ROBLEDO

DE LA GUERRA

El sol apenas se vislumbraba allá arriba, como una enorme pupila tras los párpados cenicientos de las nubes.

Los soldados, lasos y hambrientos, sentían renacer sus fuerzas, al aspirar no sé qué perfumes de la patria, que los vientos llevaban.

Allá, en los arenales retostados de la Costa, habían quedado muchos compañeros, muchos amigos; pero con el júbilo del regreso, los vivos olvidaban á los muertos, que en las playas adientes, tendidos cara arriba, servían de festín macabro á los cuervos.

Los soldados cantaban á voz en cuello.

- Pepe, echáte una trova, dijo un Cabo, dirigiéndose á un recluta que venía taciturno.

- Hombre, no tengo ni ánimo.

-¿Por qué? Vos has sido el más alegre siempre; y, además, vas á ver otra vez á tu mujer y á tu muchachito. Mirá, desde aquí se divisa tu casa.

-Sí, pero no sé qué tengo... Estoy como triste.

-Dejáte de bobadas. Rasgá ese tiple y adentro con una trova.

Pepe descolgó el tiple que llevaba á la espalda, lo rasgó y cantó con voz vibrante:

Mientras estuve en la guerra

Mi mujecita gemía,

Y cuando volví á mi casa.

Mi mujercita reía,

Ole, morena,

En mi pobre casita

Tú eres la reina.

-No sigo cantando, exclamó.

Y sumióse en un mutismo profundo.

No sabía por qué, pero regresaba triste.

Recordaba la campaña.

Cuando lo reclutaron, Juana su esposa se quedó gimiendo, y el chiquitín, Carlitos, se agarraba á los pantalones de los soldados, gritando:

-No se lo lleven, no se lleven á mi papacito...

Después vinieron las grandes marchas á pie, ora bajo las lluvias torrenciales, ora bajo el fulgurante sol de la Costa, que escalda la epidermis. Luégo los combates, los largos y reñidos combates, en que el pobre recluta se espeluznaba de miedo al ver un compañero revolcándose en la sangre y rugiendo de dolor como precito dantesco; los días enteros muerto de sed sin encontrar más que agua mezclada con sangre en charcas nauseabundas; las largas semanas desfallecido de hambre, sin comer más que mendrugos como guijarros, las derrotas, cuando, por entre los zarzales punzadores, tenía que huir sintiendo casi en las espaldas la respiración jadeante del enemigo que lo perseguía; las victorias, cuando la gente de las ciudades arrojaba á los soldados coronas de laurel...

Toda su campaña la veía, como delineada en un lienzo.

Ahora volvía sin saber por qué.

Los soldados en tánto cantaban á grito herido.

Ya Pepe llegaba á su casita, situada en una colina, al lado del camino.

¡Cosa extraña! La puerta estaba cerrada. Ni su mujer ni su hijo parecían aguardarlo. Se salió de las filas, corrió á la casita y llamó.

-¡Juana!... ¡Carlitos!... soy yo!

Nada. El eco de las montañas le devolvía sus frases, con implacable mimesis.

Se quedó pensativo. ¿Dónde estarían?

Una risa infantil lo sacó de su abstracción. Al mismo tiempo oyó la voz de un niño que gritaba:

-¡Si es mi papacito!... ¿Dónde dejó á mi mamá? ¿No vino con usted?

Al oír aquellas preguntas hechas con tánta inocencia olvidó hasta abrazar á su pequeñín, que insistía:

-¿Dónde está mi mamá?

-Pero si yo la dejé aquí, balbució el infeliz.

-Sí, pero un día se fue con unos soldados...

Yo me puse á llorar, y me dijo que iba a buscarlo y á traerme un caballito. ¿Me trajo el caballito?

Pepe le interrumpió:

¿Con quién se fue? ¿Cuándo?

Y zarandeaba al niño que contestó con la voz trémula:

-No me arañe... Yo no tengo la culpa. Yo no quería quedarme y le dije que no se fuera... Mi mamá me dejó donde mi tía... Mi tía casi no me da comida... Vivo con hambre... Mi mamá dijo que volvía... ¿Mi mamita se murió?

-Sí Carlitos, exclamó el desgraciado, midiendo todo lo terrible de su infortunio. Tu mamá murió para vos y yo... Pero aquí estoy para que no te falte nada. No volváis á pensar en ella!...

Allá a los lejos, en las vueltas del camino, los soldados cantaban:

Mientras estuve en la guerra

Mi mujercita gemía

Y cuando volví á mi casa...

El resto del cantar se lo llevó el viento. Y Pepe, sentado sobre el quicio de la casa que fue nido de sus amores, concluyó la estrofa en voz baja y llorando:

Mi mujercita moría!

¡Adiós, morena,

En mi pobre casita

Tú *eras* la reina!

Una lluvia menuda comenzó á caer, como llanto del cielo que se adivinaba allá arriba negro y hondo.

JULIO VIVES GUERRA.

UNA VENGANZA

Miren el José cómo lo cogió el hambre hoy más temprano! Si no son las cinco, hijo, ¿Por qué te viniste? Ya casi te iba a llevar la comida allá al trabajo... Pero qué cara trae el hombre! No parece sino que hubieras peleado con el patrón; estás todo pálido y emocionado. ¿Qué te sucedió, José, cuéntame, con quién peleaste? ó fue que te echaron del...

-Están reclutando -interrumpió José.

La mujer abrió enormes sus bellos ojos de morena, dejó caer la labor y miró á José.

-¿Reclutando?

-Sí. Estamos en guerra; andan cogiendo á todo el mundo.

-Y...¿Qué vas á hacer?

-¿Yo?... El trabajo lo suspendieron. Aquí vengo á esconderme. Yo no quiero ir á la guerra.

¡Pobre José! Lo que sintió allá dentro del pecho nunca pudo explicarlo: una tristeza, una amargura tan fuerte; se había puesto pálido y le temblaban las manos cuando oyó la primera vez eso que traía todo un presentimiento de horrores, el desbarajuste, quizá de sus sueños de enamorado, apenas empezados á realizar... ¡La Guerra!... ¡Dios Santo! cuántas desdichas traerá! Qué iría á ser ahora de él y de ella, y de su pobre hija!...

Esa noche José no logró conciliar el sueño sino muy tarde. Creía a cada rato oír los pasos de la ronda que venía en su busca. Al fin su cerebro se cansó de imaginar desgracias, y se quedó dormido.

A poco, golpes en la puerta. José oyó y, sin saber lo que hacía, se levantó á abrir. Eran soldados y le intimaron la orden de seguirlos. Se entregó sin resistencia, ¿qué había de hacer? Pidió que lo dejaran y entró en puntillas á dar á su Ester y á la niña el beso del adiós... y se dejó llevar.

Al día siguiente lo vistieron de soldado; le pusieron un fusil en las manos, y ¡en marcha!

No valieron las escenas desgarradoras que hizo Ester, vertiendo de hinojos lágrimas á los pies de ese Comandante inflexible y malo, que apenas si se dignó mirarla: se llevaron á José lejos, muy lejos, con los otros reclutas.

Recorrió tierras y tierras, siempre á pie, con el aborrecido fusil al hombro.

Pasó muchas hambres, y noches bien amargas, las noches de facción, bajo una lluvia menuda que nunca cesaba. El solitario centinela hacía desandar á su imaginación todo lo que en esa larga campaña lo habían hecho andar, y llegaba con el pensamiento á su casita del Camellón; veía á Ester y á su niña demacradísimas por el largo sufrir y quizás por el hambre, porque ¿quién había de trabajar para ellas?

Pero algo lo atormentaba más que todo: el recuerdo tenaz, que no lo abandonaba, que era ya una obsesión, el recuerdo de aquel Juan, que fue novio de Ester y á quien había él suplantado cuando se casaron. Juan era muy perverso y había jurado que se vengaría, y que Ester alguna vez sería suya...

Y entre tanto esa guerra larga no acababa, y á José se lo llevaban siempre más lejos, andando siempre, yá medio desnudo, muchos días sin comer, por aquellos llanos sin fin, donde el calor ahogaba.

Hoy un triunfo, mañana una derrota. Días y días tristesísimos en prisión esperando á que enemigos sin piedad decidieran su suerte. Después, la libertad, para seguir de nuevo, el fusil al hombro, buscando la muerte, ó peores desdichas.

¡Oh! La campaña del pobre soldado sin convicciones, sin entusiasmo, obligado á cintarazos á ser valiente...!

Pero también hay para los reclutas un Dios y ese Dios resolvió por fin que la guerra acabara y que regresaran á sus hogares los girones de tropas que las balas y enfermedades habían querido economizar.

El momento tan ansiado de la vuelta llegó.

Poco antes de entrar á la ciudad empezó José á encontrar caras conocidas. Un amigo que iba le contó que había grandes preparativos para recibir las tropas que llegaban.

José le preguntó por Ester.

-Te han dado por muerto hace tiempo -contestó el amigo.

-¿Y mi mujer? -insistió el recluta.

-¿Tu mujer...?

La mirada entre lastimera y burlona del amigo, la carcajada irónica de sus ojos, si puede decirse, dejó mudo á José. ¿Por qué sintió que se le apretaba tanto el corazón?

Llegaron á la ciudad. Un inmenso gentío esperaba en las calles, en las plazas, al pie de los arcos triunfales. Los balcones estaban llenos de gente. De todas partes caían sobre los soldados andrajosos, radiantes de gloria, una lluvia de coronas y de flores.

El recluta miraba á lado y lado de la calle buscando lo que anhelaban ver sus ojos. Creía á cada paso encontrar la cara emocionada de Ester...

Pero...¡No! No podía ser aquella! Era un sueño, una pesadilla!... No podía ser ella, allí, en ese coche, de pie, con la carcajada en los labios y la cara embadurnada de afeites!... Con ese traje insolente, lleno de cintajos!... Con ese aspecto de vicio!... Y él, sí, él, Juan, el rival aborrecido... ¡Ah! ella es! Ya lo reconoció bajo la descuidada barba y lo mira, y su sonrisa desvergonzada no se borra al encontrar los ojos de José... ¡Oh! Dios! Y esos eran los preparativos para la llegada del mísero recluta!

Ya no pensó sino en morir, ó en volverse loco.

Le pareció interminable la ceremonia de la llegada. Aquellos discursos no tenían fin. Quería verse solo. ¿Para qué? El no lo sabía.

Cuando le pusieron la medalla al pecho, el recluta lloraba, no de grata emoción como los demás: lloraba de amargura.

Terminada la fiesta los llevaron al cuartel y les dieron á todos libertad para ir en busca de sus padres, de sus hijos, de sus amores. José se quedó solo; cogió el fusil, compañero suyo de tanto tiempo, se ocultó en un cuarto; puso una cápsula al arma, dirigió el cañón hacia su boca, apoyada la culata en el suelo, buscó con el pie el mecanismo para disparar; sonó la detonación...

¡Y José despertó!

¡Qué horrible pesadilla!

Se incorporó en el lecho y encendió un resto de vela que chorreaba sus gruesos hilos de sebo en la pared.

Sí; todo había sido un sueño: su mujer ahí estaba á su lado, dormida, y allá se veía la cuna, de donde salía el ruido de una respiración tenue y acompasada, en el silencio de la estancia, que alumbraba la luz amarilla de la bujía, en contraste con el resplandor blanquecino y frío del amanecer, que se filtraba yá por las rendijas.

José se despegó los ojos y se dio luégo cuenta de todo. Se acordó de que el día antes había estallado la guerra y de que él se había venido á ocultar á su casa; se había dormido muy tarde, llena la cabeza de horrores supuestos que le produjeron después esa pesadilla tan triste.

Pero le pareció raro haber despertado sólo al estallido de una detonación imaginada en sueños. Y creyó ahora oír un ruido real y positivo. Quizá sería ése el que lo despertó. No hay duda: se oyen voces en la calle. Tocan fuertemente á la puerta.

José se vistió y salió á abrir.

Ya la calle estaba clara y reconoció al jefe de una patrulla que esperaba al pie de su puerta.

Era él, siempre él, Juan, el rival temido.

Dijo que tenía orden de llevar al cuartel á todos los hombres útiles del barrio.

José quiso hacer resistencia, pero fue en vano: ellos eran muchos. Entonces imploró, y no fue oído. Las súplicas, las lágrimas de Ester, las amenazas, todo inútil.

Ese mismo día lo vistieron de soldado; le pusieron en las manos un fusil, y se lo llevaron lejos, muy lejos, con los otros reclutas.

Pasó un año. La infeliz mujer no se conocía ya, tanto la habían enflaquecido el trabajo y el constante pensar en el ausente. No tenía más vida que sus lágrimas y su hija.

Aquellos ojos de morena, antes tan perleros y tan bellos, eran ahora el centro mustio de profundas ojeras azules.

De José, ni el menor indicio, y el tiempo seguía andando, y el dolor haciendo estragos en la pobre abandonada.

La hora llegó en que su pecho, exhausto, no pudo ya alimentar á la niña, y aquella criatura sonrosada, aquel primer beso de amor hecho carne, empezó á languidecer, á marchitarse y se murió, se murió de hambre.

Poco tiempo después la víbora de la tisis, á quien el trabajo excesivo y el constante penar habían preparado la fácil víctima, mordió el pecho enflaquecido de este. No pudo ya trabajar; la casita del Camellón era alquilada, y hubo que entregarla.

Empezó á vagar las calles, arrastrando su miseria de puerta en puerta, hasta que una mano caritativa la condujo al hospital.

¡Esas noches de vigilia, esas noches eternas y silenciosas, en la sala grande, donde sólo se oían de cuando en cuando los pasos discretos de la hermana y el toser seco de la tísica despierta siempre, siempre con la imaginación en unas tierras lejanas donde su hombre yacía herido y devorado por la sed ó donde lo veía preso, ultrajado, enfermo, quizás como ella!

Todos los días la hermana, compadecida de sus angustias enviaba, ó iba en persona á tomar informes ante los jefes y siempre obtenía igual respuesta: nada. No se tenía la menor noticia de José.

La enfermedad devoraba con hambre lo poco que había ya de la infeliz tísica, y la vida de Ester se iba, se iba...

¡Oh! Ya no había tiempo; aquella existencia, desvanecida "como pincelada gris en un fondo blanquecino", se borraba allá en el humo misterioso del no sér.

Y sin embargo, sus esperanzas no la abandonaban, y urgía más á la hermana para que tomara informes, y los informes volvían siempre desesperantes.

Hasta que un día ¡Por fin! el último día quizás, cuando todo estaba yá listo para el viaje de Ester, para el viaje que no tiene regreso, apareció el recluta... ¡Oh! Dios bendito, que tu inexorable voluntad se cumpla!... apareció el recluta, sí, en una lista de muertos!

J.A. GAVIRIA.

PEQUEÑECES?

Algunos días después de haber estallado la guerra, y cuando el reclutamiento llenaba de terror el corazón de las esposas y las madres pobres, cuyos hijos y maridos son las víctimas destinadas para derramar su sangre en los campos de batalla, en defensa de ajenas ambiciones y por el triunfo de las ideas que no comprenden, cruzaba un hombre en altas horas de la noche por el Parque de Berrío. De pronto se detuvo temblando á la voz de: ¡Alto! ¿Quién vive? El miedo ahogó su respuesta, y entonces dos soldados salieron corriendo á reconocerlo, y al ver que era vigoroso y joven, resolvieron conducirlo al cuartel en calidad de recluta.

Pasado el primer momento de estupor, el hombre empezó á hablar entre sollozos: "Señores: suéltlenme por piedad, soy Pedro Gómez, sastre, estoy casado, y vivo en el "Llano", tengo mi única hija moribunda y salí para buscar unos remedios. Mi hija se muere, mi mujer me espera, suéltlenme, señores, por piedad". Sus lastimeras súplicas y amargas reflexiones, eran oídas con desdén por sus conductores que ahogaban con burlas sus gemidos, y que al llegar al cuartel lo entraron gritando: "Sargento, aquí traemos uno que tiene su hija enferma, mándele á buscar un buen médico". Celebraron con bruscas carcajadas lo que juzgaron un chiste, y abandonando al infeliz padre en manos de sus compañeros, siguieron complacidos su cacería humana.

Dos días después, con la blusa militar y el arma al brazo, fue enviado Pedro Gómez para la campaña de Santander, como soldado del batallón "Invencibles". Al principio de su viaje lo abrumaba profunda tristeza; ni siquiera le habían permitido dar á su esposa su abrazo de despedida, y conservaba aún sobre sus labios el calor de la abrasada frente de su hija, que tal vez había muerto por falta de auxilios. Estos pensamientos lo enloquecían.

Casado hacía dos años, quería á su mujer como quiso á su novia, y su corazón no tenía latidos extraños

á la felicidad de estos dos seres que formaban la dicha de su vida. Además, era un hombre juicioso y honrado y oía con disgusto las palabras soeces de sus compañeros y veía con indignación sus orgías de juego y borrachera. Pero, por desgracia, la influencia del medio ambiente se impone siempre, y la rabia y el despecho no alcanzarán nunca a figurar como buenos consejeros. Atraído por el ejemplo de sus amigos y por las instancias que le hacían, empezó á beber primero con miedo, luégo con agrado y finalmente con delicia, porque encontraba en el embrutecimiento de su razón el olvido de su desdicha.

Como casi todas las faltas tienen entre sí conexión estrecha, y las unas conducen á las otras, Pedro, generalmente borracho, acabó por jugar su ración todas las noches y sus palabras llegaron a ser nauseabundas como las emanaciones de un albañal. En el aprendizaje de los vicios, que halagan nuestras inclinaciones naturales, se forman con rapidez los profesores, y cuando el honor se pierde de vista y toda idea de virtud se eclipsa, los afectos nobles desaparecen también. El recuerdo de su vida de obrero incansable y de esposo amante llegó á ser para Pedro una puerilidad y su pequeñuela, su "Mariquita querida", que había visto por vez última consumida por la fiebre bajo las sabanitas de la tibia cuna, pasaba yá por su mente como la sombra de un sueño lejano y penoso.

En tanto que Pedro se arma caballero de los vicios bajo toldas de campaña, y adquiere el hábito de confiar la suerte de su vida al azar de un golpe de dados, dejemos penetrar en ese cuadro tenebroso la apacible luz de una vida de trabajo y de virtud. Julia, la esposa del soldado ausente, experta costurera, podía considerarse como el tipo perfecto de mujer antioqueña que en todas las condiciones sociales pone de resalto sus grandes cualidades, que cautiva por el encanto de sus atractivos, en la fortuna próspera, y se hace admirar por su valor, en la desgracia.

Sostenida por el pensamiento de su marido y engrandecida por su amor de madre, supo flotar victoriosa entre los escollos de la tentación y la miseria. Víctima de la carestía y del alto precio de los artículos indispensables para la vida, á que la codicia de los poderosos condena la clase proletaria, que es la única que en último análisis sufre el peso de esas ambiciosas combinaciones bursátiles, que todo lo encarecen en provecho de unos pocos, y hacen derramar lágrimas de rabia impotente al honrado jornalero, cuando ve que se aproxima á su puerta el espectro del hambre con su terrible séquito de males, Julia supo vencer con su trabajo, y, merced á su modesta vida, llegó á economizar algo de sus escasas ganancias. Cosiendo uniformes militares se la veía sin cesar un momento y aun de noche, robaba al sueño las horas para seguir su tarea á la luz de la farola eléctrica, próxima á la puerta de su casa.

Asaltada frecuentemente por la concupiscencia de los libertinos que juzgaban la ocasión propicia para saciar los desenfrenados apetitos que despertaba en ellos la hermosa costurera, sabía rechazar con desprecio el dinero que debía ser precio de la culpa y aquilatar en esas luchas su virtud. Prefería las fatigas del trabajo, antes que arrojar el lodo de la deshonra sobre la cuna de su hija.

La guerra en tanto seguía su curso y Julia no había tenido noticia ninguna de su marido, el cual, después de Peralonso, había abandonado su ejército, y envilecido, enfermo y pobre, buscaba la manera de regresar á Medellín. Una noche que ella cosía como de costumbre, sentada á la puerta de su casa, al alzar los ojos vio llegar á Pedro, y se levantó loca de alegría, abandonando la costura que cayó á sus pies, para salirle al encuentro; pero ¿cuál no sería su tristeza al ver el infeliz estado en que venía, roto el vestido, vacilante el paso y sin brillo la mirada, en completa borrachera? El que antes no tomaba licor jamás! ¡Cómo le habían cambiado á su marido! Sin saludarla casi y sin dar un beso á su hija ni preguntar por ella, exclamó Pedro al entrar:

"Mirá mujer, estoy muerto de cansancio y no tengo ni un medio pa tomarme un trago, si vos tenés plata anda onde el ñato conseguite una botella de anisao." Todo esto lo dijo con voz débil, entrecortada por el hipo y balanceándose en la sala, faltar de equilibrio.

Al oír estas palabras y ver el aspecto de su marido, huyeron en bandadas las ilusiones de Julia, y sólo quedó en ella la mujer resignada que se dispone á sufrir con paciencia su desgracia. Hizo lo que se le pedía, y Pedro, bebiendo toda la noche, acabó al fin por caer dormido en un rincón de la salita.

Al día siguiente empezó ese drama lento y espantoso que se desarrolla en el secreto de muchos hogares. Envuelto el marido en las apretadas redes de los vicios, consumía aguardiente y perdía en el juego los pequeños ahorros de su esposa, hasta que, siguiendo en progresión creciente, fue vendiendo cuanto tenían para poder vivir; y cuando la pobreza alcanzó al último grado, en pos de la máquina de costura, que Julia entregó llorando al comprador, enajenaron también la casa que había sido el tranquilo nido de sus amores.

Faltar de recursos para seguir su vida disipada, sucumbió Pedro á la tentación del robo, y cogido en su delito, expía hoy en la cárcel la falta á que lo condujeron los insensatos odios humanos, que lo alejaron de su hogar feliz para degradarlo y corromperlo.

Julia siguió luchando valientemente con la vida, hasta que las enfermedades y el exceso de trabajo domaron su fortaleza, y ahora cubierta de andrajos, debilitada y sucia, pero siempre honrada, recorre las calles con su hija en brazos, implorando de puerta en puerta: "Una limosna por amor de Dios".

LUIS DEL CORRAL

DE REGRESO

¡Qué bien se andaba así!

Se sentía como un hálito de vida y fuerza al recibir las caricias tibias de aquel solcillo matinal que iba dejando regueros de oro, á medida que invadía el horizonte azulado y limpio. Por todas partes se notaba plétora de existencia y la naturaleza tenía estremecimientos de hembra virgen que siente hervores de cálido torrente en las mallas de sus venas. El aire llevaba en sus alas emanaciones acres -tal vez gérmenes fecundantes- de hojarascas humedecidas con rocío, que disponían al amor; á la par que murmullos de nidos que se despiertan y explosión de gemas que revientan. Un cielo barrido, de azul intenso y de comba magnífica, desplegábase inmensamente hasta fundirse lejos, muy lejos, con los tonos verdegueantes de las montañas. Allá abajo, en el valle, blanqueaba Medellín, toda borrosa é informe como un gran depósito de cal, sobre el cual se hubiera colocado una costra de rojo negruzco, que eran los tejados, confundidos unos con otros á causa de la distancia y brillantados por el tenue velo de luz que sobre ellos habían extendido los rayos solares. A un lado de la ciudad, como tratando de rodearla y produciendo cabrilleos de mercurio y de diamante, se veía correr el río por entre doble fila de sauces que, como todos los árboles vistos á lo lejos, semejaban grandes masas de clorofila ó enormes lingotes de esmeralda. Todo lo que la vista alcanzaba á distinguir era soberbio, y su traje de gala para lucirlo en esa fiesta dada por el padre Sol.

-¡Ay! ¡qué alegría! Medellín, Medellín! Y José como loco, una vez que hubo visto la patria querida, se

olvidó de su cansancio y de sus dolencias y echó á andar á pasitrote, cuesta abajo sin reparar en los pedrejones de la tortuosa vía, que le hacían sangrar los pies.

Al fin nuevamente contemplaba la tierra amada, en la que había dejado lo más caro de su alma: su novia y madre, y por la cual tantas veces sintiera una honda morriña por allá muy adentro. Yá no le importaban para nada sus antiguas fatigas y sufrimientos y por lo que á sus dolores atañía, apenas lo molestaban, de vez en cuando, pero débiles, muy débiles, como próximos á abandonar su cuerpo. Bien es cierto que la noche antes había estado bastante mortificado con esa caricia de bala, que llevaba en un muslo y con la fiebre sorda é importuna que desde hacía cuatro meses no lo abandonaba por las tardes; pero eso no tenía nada de raro si se tiene en cuenta el frío tan intenso que corre en toda época y sobre todo en la del verano por ese alto de Santa Elena, donde había pasado la noche. Al presente, la cosa era distinta: con una mañana tan bella, tan alegre y tan tibia y con esos vahos de tierra caliente que á intervalos traía la brisa de abajo, del valle, que, con majestad, se extendía al pie de la montaña, era imposible que toda dolencia no se amenguara y que la sangre no corriera por las venas entonando salmos de vida... Además, esa Medellín, esa Medellín coquetona como muchacha enamorada, que parecía recién salida del baño para aguardar á su novio, refrescaba el alma con su proximidad...

José apresuraba el paso, siempre un poco, no obstante su debilidad, cuando á cada vuelta del camino miraba la ciudad y la veía más cerca, con los contornos más precisos, perfectamente definidos algunos edificios. Se consumía de impaciencia y corría, corría. Yá pronto estaría en presencia de Teresa, su mulatica amada, y en los brazos de la viejecita de su corazón.

"Ni se sabe lo que van á alegrarse las pobres -pensaba el muchacho, en tanto que trotaba loma abajo;- de seguro que ni aún me esperan, porque quizá ésta sea la hora en que estén rezando por mí, creyéndome muerto. Desde que salí de casa no han vuelto á tener noticias mías, ni yo de ellas: es tan difícil! ¡El susto que se van á llevar cuando me vean así de golpe...! Teresa con toda seguridad que se pone pálida y me clava, sin decirme palabra, esos ojazos tan abiertos y como asustados que tiene, y se pone á temblar con todo el cuerpo, como el día de mi partida, cuando fue á la puerta del cuartel á decirme adiós y á llevarme unos escapularios y unos tabacos; me parece que la veo: no movía los labios, ni derramaba una sola lágrima, pero se quedaba viéndome sin despabilar, así como atontada...! ¡pobrecita! ¡Cuánto habrá sufrido! Ahora mi madre: en bien me reconozca se enloquece de contenta; creo que me va á comer á besos y á estrujones; no le alcanzará el tiempo para llorar de gusto y echarme flores...; después emborrachará á las vecinas con sus

cuentos de que he sido más guapo que el diablo... Las madres son así...! Cómo lo habrá pasado la pobre viejita en todo este tiempo! Con tal que no le haya faltado lo necesario...! Quien sabe...Cuando me iba le dije que sacara unos realitos de la Caja de Ahorros, pero... ¡ella como es tan rara! Le gusta más economizar la suma... dizque para la cuestión de mi casorio..."

Y continuaba su marcha, siempre aprisa, recreando su fantasía con visiones halagadoras y sueños para el porvenir, y pensando, talvez con justicia, que él, que en tantos trabajos y bregas se había visto, podía aspirar, con derecho innegable, á un pedacito de felicidad. No todo ha de ser rigor. Por el momento, el recuerdo de la cruel campaña que acaba de hacer y el de todas las amargas peripecias de su azarosa vida de recluta se había desvanecido de su memoria para dar puesto al pensamiento de la dicha tan inmensa que lo aguardaba cuando estuviera rodeado de los seres queridos; al mismo tiempo, que á las perspectivas de una vida tranquila, y grata columbrada allá en los grisosos lindes del futuro...

Oh! Los sueños...

* * *

Cuando estalló la guerra uno de los primeros á quienes reclutaron fue á José, el honrado carpintero, que, con el esfuerzo de sus músculos, sostenía á su madre. Salía un día de su taller, cuando ¡zás! dos hombres armados se le fueron encima y sin fórmulas de ninguna clase, ni atender razones, lo llevaron al cuartel, donde una partida de infelices, expiadores eternos de su humilde nacimiento, aguardaban cabizbajos y tristes á que los hombres potentes decidieran de sus destinos. Una vez en el cuartel, le pusieron sobre los hombros la burda chaqueta de dril con golpes rojos y colocaron en sus manos el arma que había de servirle para la defensa de instituciones que nada le importaban. Al poco tiempo los jefes dieron la orden de marcha y... allá va el batallón por la polvorosa carretera, moviéndose como una culebra colosal y envuelto en nubes de tristeza infinita, en medio de los sollozos, los suspiros y el llanto de las mujeres que ven partir á sus hijos, á sus esposos y á sus amantes. Allá va José con esa colectividad de desamparados, manándole sangre transparente de los ojos y con el corazón apretado por un puño de acero; deja todo lo que en el mundo tiene: á su madre y á Teresa, la primorosa morenita que lo ama y que le ha jurado no olvidarlo nunca y rogar mucho á la virgen para que lo libre de todo mal y lo vuelva á traer pronto á su lado. Ay! es lo único consolador en su partida...

Adiós, Adiós!...

Viene después la guerra formidable, devastadora, cruel; la verdadera guerra de las fieras indomables vueltas hombres. Bien se acuerda el muchacho de los insoportables padecimientos porque ha pasado y de todas las veces en que ha creído morir. Aún están fijas en su mente aquellas marchas penosísimas, por caminos desiertos y tortuosos, bajo la mirada candente de un sol de plomo derretido, con las fauces incendiadas por falta de una gota de agua para apagar la sed, con el estómago desgarrado por una hambre intensa y teniendo que soportar el rifle y el morral, que, en esos momentos, centuplican su peso; y aquellas estancias en los páramos, durante las heladas noches de invierno, con las carnes mordidas por el frío, sin un trago de aguardiente ó un poco de tabaco para medio calentarse, é insomne y en silencio por la orden de estricta vigilancia; y aquel miedo horrible, que se siente al divisar la columna enemiga que, como una línea sombría, empieza á surgir á lo lejos, y luégo, al tomar parte en los solemnes preparativos para el combate; y aquel deseo de total aniquilamiento, ó de estar veinte varas bajo tierra que sienta sus reales en el espíritu cuando los fuegos se rompen y la muerte, invisible y silbadora, comienza á salir de las bocas de mil fusiles, acompañada por las grandes rosas blancas del humo, vistas en el extremo de las armas; y aquella espantosa opresión experimentada en el alma al escuchar los alaridos de dolor con que rompen el aire los heridos ó al contemplar los hacinamientos de cadáveres repugnantes, horrorosamente mutilados y hediondos, muchos de los cuales son de compañeros y amigos que, con infinito pesar, es menester dejar allí tirados en el campo, insepultos, á merced de las aves de rapiña; y aquel pavor inmenso que invade á los soldados cuando la derrota vuela por sobre ellos y hay necesidad de correr desatentado para escapar la vida del enemigo, que acosa sin compasión, ebrio con la superioridad concedida por el triunfo; y aquel desfallecimiento que embarga el ánimo, cuando se ve la sangre propia manar de uno de los miembros del cuerpo. Y esas escenas y esas emociones contempladas y sentidas casi á diario, durante un año...

Por fortuna todo eso estaba lejos. Ahora la cosa era distinta: ya gozaba otra vez de libertad y podía, con toda confianza, entregarse de nuevo á sus tareas, á ver si trabajando con tesón se hacía á algunos ahorrillos, que le eran indispensables, para la cuestión aquella de la boda. Es cierto que venía enfermo y sobre todo muy débil porque las fiebres y la herida que recibiera en la última acción le habían quitado los alientos; pero tenía la seguridad de que una vez entre los suyos, se restablecería por completo y podría trabajar incesantemente. ¡Con los cuidados de aquellos y el gustazo de verlos...! La boda era su única preocupación. Si no hubiera sido por la maldita guerra ésta era la hora en que tenía mujercita propia y... talvez... quién sabe... hasta un negro bien grandote y bien querido...! ¡Qué trastorno!

A no venir cual venía, era capaz de casarse en llegando. ¿Pero cómo? Si no tenía ni un níquel, ni siquiera ropa; no contaba más que con los andrajos mugrientos, pretéritos del uniforme militar, que ahora lo cubrían. En la guerra no consiguen dinero sino los jefes, los altos; á los pobres no les queda más que las cicatrices y la miseria. La patria es muy querida, pero es muy injusta á veces: para los héroes oscuros generalmente es madrastra.

En todo caso, ¡como viera pronto á las dos mujeres de su corazón! ¡Ah qué delicia! Le parecía verlas surgir á cada vuelta del camino, sonrientes, emocionadas, con los brazos abiertos para recibirlo... Unas cuabras más y la ilusión sería realidad. Ya llegaba. ¡Gracias á Dios!

* * *

Era la hora del crepúsculo y la inmunda tenducha, mal alumbrada por la luz de una apestosa candileja de sebo, apenas dejaba ver los objetos como en bloque, sin precisión en los contornos, y con movimientos vacilantes, á causa del bailoteo de la llama, transmitido á las sombras proyectadas. Se respiraba una atmósfera pesada y llena de los cargantes olores de fritos viejos, de chicha excesivamente fermentada y de colillas de cigarro mascadas por bocas de borrachos.

En un rincón, el más alumbrado por la luz, estaban José y un compañero, sentados en un banco de madera, por frente de una mesa desmantelada y mugrienta, y con sendos vasos de aguardiente por delante. Hablaban y reían con risa hiposa de ebrios. José estaba haraposo, soñoliento y con el rostro abotagado y reluciente á causa del característico sudor alcohólico. Decía, moviendo pesadamente los brazos y la cabeza, y mirando con ojos entornados, brillosos y estúpidos:

-¡Caray!... No sé cómo no me he muerto con el guarapazo que recibí la mañana de mi llegada... ¡Eh!... y con esta bebedera..., estando como estoy tan arruinado por el demonio de la fiebrequita, que nunca me abandona, y por esta herida que ya estaba sanando cuando vine y ahora, con tanto tragar anís, se me ha irritado y me supura continuamente... ¡Hijue!diablo con la vida!... ¡Eh! ¡Tantas cosas buenas como venía pensando por el camino...! ¡jem! El que le crea á las mujeres está despachado... si vieras, hombre, todo lo que alcanzó á decirme el día que me iba: me hizo más promesas...; creo que hasta me dijo que si me rompían el alma por allá no se casaba con nadie, ni volvería á pensar en los hombres...¡Ah! ¡Perra!... Ya ves. El mismo día que llegué fui hasta su casa... una casa con tapiz, cortinas y mucho espejo grande... y la vi, pero por poco no la conozco... ¡caramba! Hombre, parecía una señora... ¡más lujosa!... Se hizo la que no sabía

quién era yo... ¡Maldita sea! Me dio una rabia, y me le fui encima resuelto á acabar con ella, pero su criada... llamó policías y les dijo que sacaran á ese infeliz... Y me sacaron y me tuvieron dos días en la cárcel... en la cárcel, dos días..., á mi, que iba á pedir lo que me pertenecía... Hoy pasó por aquí en coche, vestida de seda rosada,... ¡eh! y tan seria, sin mirar á nadie... El niño Pedro dizque la quiere mucho y le da más gusto... ¡Ah! Niño Pedro... ¡Que no se muestre muy solo y por allí en lugares extraviados!... La otra noche me estuve en el quicio de la puerta de Teresa aguardándolo... aguardándolo... pero, como estaba borracho, me quedé dormido y no supe cuando entró... ¡Eh! El con su plata me la ha quitado, pero... yo lo rompo... ¡Otro trago grande, compadre!... Siempre es lo peor que hay el ser pobre... sí, tan pobre: no tiene uno ni el derecho de querer, porque... allí están los ricos... pero... ¡qué diablos! Nosotros tenemos fuerza, mucha fuerza... yo le quiebro el pecho á cualquiera de un golpe... y tenemos armas. ¿No es cierto?... soy un triste...; si siquiera tuviera á mi madre viva... ¿Qué si se me murió? ¡Eh! Hombre, por Dios... hace como cuatro meses... cuando yo estaba en la campaña... El otro día fui al cementerio... ¡qué vaina! ¡Eh!... Las tumbas de los pobres son muy tristes... casi no se sabe ni donde quedan...; la de mi madrecita querida está en un rincón enyerbado y tiene una cruz de palo, amarrada con bejucos... bejucos... Teresa ¡eh! ¡mi madre...! ¡Caramba con la juma! ¡Hijuel!... ¡Vivan... vivan los rascados...!

A la media hora, el buen José, con el rostro pegado á la mesa, roncaba bestialmente.

ALFONSO CASTRO

TRIUNFO DEL RECLUTA

El muchacho Toribio Marcos, nacido en el corazón de las sierras, fue llevado por la fuerza á la contienda civil. Peleó con disciplina y valor en duras batallas, y á la postre, en vez de solicitar ascensos y honores, pidió la baja, y apenas conseguida, tomó presuroso la vuelta de la casa paterna.

Solo y cansado, por el sendero pedregoso, vía del monte, imaginaba, movido de su anhelo, que se alejaba de su heredad, cuando más cercano se hallaba de ella. ¡Ah, no acababa de creer que volvía sano y salvo á esa patria querida, sí chiquita, deleitosa, y colmada de muchas ansiedades lago tiempo contenidas! Iba pensando en los suyos con delectación melancólica; se acordaba de su madre y sentía un vago temor; recordaba á Julia, la amada de su corazón, y se ponía á temblar con una suerte de presentimiento doloroso. Tenía miedo á los contactos del cariño el que no tuvo miedo en las batallas al fatídico silbar de una granizada con plomo.

Más adelante sintió una intensa alegría: el sendero tenía el suave olor de la fruta madura, el olor familiar, predilecto, el que desde niño venía sintiendo y gozando. Todo lo que por allí estaba empezó á parecerle amable y risueño. La mañana, diáfana, parecía de cristal, tenía una rara transparencia, profundas lejanías, un más allá que salvaba la línea indecisa de la cordillera... El sol calentaba blando como haciendo caricias, las flores mostraban faces expresivas y las pomas en sazón fingían el oro. Varias veces el recluta se detuvo sorprendido: creyó oír música deleitable en las ondas tibias del aire.

Toribio se expandía en el seno de esa grata naturaleza, la genial, la suya. ¡Cuán dulce volver á vivir allí! Si la vegetación parecía más fértil, más fecunda; los retoños grandes se abrían al sol triunfadores, con la savia potente de la tierra cálida. ¡Ah! Cuán tristes los desfiladeros estériles donde fusilaron á sus hermanos por una orden festinada de los mandones... en un recodo del camino le pareció oír la voz de Julia, dulce, melodiosa, como un susurro de la brisa, cuchicheando amor, bajo el arco de triunfo de la selva.

Apretó el paso y llegó á la propiedad; dio la vuelta por el arroyo, saltó el vallado y entró en la sementera. Allí se detuvo vacilante, ahogado y temeroso. Un tropel de emociones le clavó en éxtasis ante la nueva visión de la tierra suya, la patria, ésta sí, su patria amada. Reparó en que crecía el maíz, tierno y lozano, en cañas que daban alegría á la vista y codicia al corazón, y se puso á pensar en quién habría sembrado en el año de su ausencia; y qué bonita estaba la roza, si era un triunfo, ¡una bendición del Cielo! Se tiro al surco y besó la tierra. Luégo se irguió como en acción de gracias. ¡Salve amorosa madre naturaleza, salve savia bendita, salve sol!... Allí arriba, sobre un collado de esmeralda, se veía la casa paterna de Julia, un primor de casa labradora, en acción benéfica y fecunda.

Toribio tomó aliento llenando los pulmones del aire de la tierra, saltó otro vallado y entró en el hato, allí la vaca blanca, bocinegra, de ubre sonrosada y turgente, se quedó mirándole con los ojos húmedos y

tiernos como si lo reconociera, á cuya mirada correspondió el recluta con un abrazo. El perro salió á su encuentro lamiéndose de alegría, expresivo y meloso, con la cola en inquietud zalamera.

Y seguido entró á la cocina: -Hermana, qué hay? -dijo tendiéndole la mano á Matilde. -¿Dios mío! ó es el alma de Toribio, ó eres tú, hermano? -No te dé miedo, soy yo en cuerpo y alma. -Creí que eras muerto, hermano, como nos dijeron... -Pues estoy vivo, gracias á Dios, ¿y nuestra madre? -¡Ooh, madre! Aquí está Toribio. -Ah, mi Toribio, ¡bendito sea Dios !

Tras un momento efusivo en que los ojos de la madre se humedecieron de gozo, dijo ella: ¿no te digo? Tuve corazonada cuando me levanté y le dije á ésta: hoy viene Toribio -¿Y Julia? -agregó el recluta. -Sigue queriéndote, y los más guapa, no ha creído nunca que te hubieran matado, aunque aquel fachendoso de mi compadre Pedro que vino la semana de arriba dijo que te había visto muerto. -Qué va á saber ése si no le tocó pelea en parte ninguna. -Eh, Toribio -agregó Matilde- y lo entraron por debajo de los arcos de triunfo; hicieronlo mandón de las tropas, le dieron un grandísimo caudal de plata y lo van a nombrar Alcalde del sitio. -La suerte, hermana; la suerte es así, ciega y caprichosa. Pero dime ¿quién echó la roza este año?

-Pues mi madre y yo, con ayuda de Julia y Dolores, porque los viejos estaban en el monte para que no los llevasen á la guerra. ¿Es Toribio? -dijo Julia apareciendo toda sonriente en la puerta de la cocina. -El tuyo, Julia, respondió el novio. -Qué te parece que el corazón me avisó y me vine corriendo. ¿Vienes sano y salvo? -Vengo enamorado. -¿De quién será? -De alguna de allá... talvez. -O de por acá, mentida, hechicera. -¿Y vienes triunfante? -Sí, vengo á que me coronen de flores por mis triunfos. -Yo esperaba -agregó Matilde- verte llegar con galones de oro y coronas de laurel verde, arrendando un caballo grande y brioso, y te llegas con el vestido roto, á pie, con ese sombrero de bandido y una facha pordiosera. -No soy yo hombre de dorados y coronas, hermana; ni me gusta la guerra; la guerra es injusta y maldita; que mande cualquiera que á mí nada me importa, puesto que me deje trabajar y no me lleve por la fuerza á matar cristianos lejos de mi casa. -Oh, Matilde, agregó Julia, Toribio tendrá hambre y sed, yo voy á traerle una toma de leche fresca y sabrosa. -Voy yo, hermana -dijo Matilde- y se alejó. -Yo aquí, Julia querida, yá era tiempo, se van á cumplir nuestros anhelos, ¿no es verdad? La guerra se ha acabado, me amas, traigo amor, y busco dicha. -Ah, siempre creí que volvías... -Mañana vendrás temprano, amada mía, hemos de ir á la roza; ya sé que ayudaste á sembrarla y está muy bonita; las hojas verdes me recuerdan tus promesas de amor el otro año, cuando abundante y lozano crecía el maíz -¿Quieres que volvamos allí mañana? -Sí, volvamos, oh dulce amor mío, volvamos allí, la fruta está en sazón, apetitosa y dulce, y está creciendo el maíz...

EL SEUDÓNIMO DE DIOS

Rico Pedro.

-Presente.

-Uribe Pedro.

-Presente.

Eran los dos últimos de la formación: el rojo como quien dice. ¡Y qué famosos soldados dizque resultan algunos de estos graciosos liliputienses! Recibieron sus morrales y, con el morrión encima del sombrero de caña, siguieron de retaguardia del batallón "Ricaurte", haciendo maliciosillas caritas, entre pucheriles y retozonas, alargando el paso para no retrasarse, agobiados con el peso del fusil. Deliciosas figurillas éstas, que se llevan siempre los corazones.

Pertenecía Pedro Uribe á familia acomodada del campo.

Pedro Rico era hijo de los *agregados* de la finca de los Uribes. Gregoria, su madre, *Yerbatera*, como llamamos en Antioquia á las vendedoras de pasto ó yerba para las caballerías, notable tipo éste que no hemos visto figurar jamás en Antioquia, ni en escritos ni en pinturas, y que para nosotros es bien interesante como que representa él la laboriosidad insuperable de la mujer antioqueña.

¿No han observado Uds. á la yerbatera, andando á pasitrote con un tercio de cinco ó más arrobas, que parece fuera á desencajarle las caderas?

Y mientras vende la yerba ¿no la han visto teje que teje los sombreros de caña?

Y cuando va camino de su casa, la actividad que despliega tejiendo rapidísimamente la trenza para el

sombrero, andando á paso largo, fumando y conversando alegremente?

A la yerbatera no la vemos jamás bostezar ni suspirar, que son señales de mala circulación de la sangre. Es la laboriosidad personificada.

Seis meses han pasado. El batallón "Ricaurte" ha hecho cruda campaña durante este tiempo y á todas partes ha llevado á nuestros dos reclutas miniaturas, quienes han escapado de las balas corriendo como ratoncillos en todas direcciones pero sin volver jamás la espalda al enemigo.

.....

Al pie de la trinchera halló un día á uno de ellos el soldado Manuel Restrepo. Con el cerebro hecho pedazos.

En Medellín, el "Boletín de la guerra" trajo cierto día la lista de los muertos de "Ricaurte", y allí figuraba Pedro Rico. Un pariente que leyó el Boletín, fue á darle á Gregoria la mala noticia y la negra no se *mosquió*. "¿Ustedes piensan que yo voy á creer lo que rezan esos papeles? Consideren que yo le tengo encargao mi Perucho á Miamo el Señor Caído. A mí no me vengán con esas. Yo sé que el Señor me lo trairá, y por lo menos de teniente; ya le tengo el kepi arreglao con sus listicas; como si lo viera".

"Y Ud. Doña Marianita, -le decía á la madre de Pedro Uribe, una pesimista de primera- déjese de lamentarse y verlo toito feo: eso es lo pior quiay. ¿Cómo se le mete quiuna bala ha de venir á dale á su niño en la cabecita habiendo tanto onde dar? Eso es tentar al Patas; mire que poca giel amarguea mucha miel."

Llegó al fin el día en que debía hacer su entrada triunfal á Medellín el batallón "Ricaurte". Todos los interesados se prevenían para recibir dignamente á sus parientes y amigos.

Gregoria arregló los *tabaquitos*, una *arepa de pelao* y un *quesito* para su Perucho, y envolvió en un pañuelo el kepi con sus dos rayas brillantes y decidoras.

Las personas de la casa se preguntaban si estaría loca Gregoria y la miraban con lástima y tristeza, pues no había duda que la pobre mujer sufría el más cruel desengaño, puesto que ya se tenía también la noticia de que Pedro Uribe había muerto -¡cosa casual!- de la misma manera que Pedro Rico. Doña Marianita vestía hacía días el traje de luto tan esperado y temido.

Gregoria se rió cuando le hablaron á ella para que hiciera igual cosa.

Doña Marianita sufrió desproporcionadamente y atormentó á toda su familia esperando la muerte de su hijo y cuando la supo, siguió la tonada exagerada hasta el extremo. No podía ella conformarse con esta gran verdad: *"El secreto de la vida consiste, no en huir del dolor y crearse goces nuevos, sino en caminar en el sentido de la voluntad de Dios."*

Salió, pues, Gregoria (agarré y me fui, como diría ella) á la vera del camino o donde debía pasar el batallón. Contenta y emocionada se plantó a mirar si entre los oficiales se veía pasar á su Perucho, pero acabó de pasar el batallón y... Perucho no pasó. El abuelo de éste, que acompañaba á Gregoria, pensó que había llegado la temida hora; que Gregoria rompería á llorar incansable; por esta razón se quedó sorprendido al verla, siempre alegre aunque algo más ansiosa, correr á la cabeza del batallón y clavarse allí otra vez á pasar nueva revista buscando ahora á su hijo entre los soldados.

Al lado del abanderado marchaba Perucho muy satisfecho porque tenía la promesa de que lo ascenderían al llegar á Medellín. Lo ve Gregoria y se lanza hacia él con tal afán que no hubiera habido quien pudiera impedirle que le diese á su hijo un abrazo apretado, muchos besos y los regalos que le traía.

Dos horas después subía el Sargento Rico las gradas de un tablado construido en la plaza de Medellín para condecorar á los valientes á la vista de todos y á poco bajaba muy ufano el *Teniente Pedro Rico* á encasquetarse el morrión correspondiente que su madre le guardaba.

-¿Y qué fue lo del Boletín?

-Una confusión muy natural: el soldado Manuel Restrepo, vecino de los dos Pedros, los había oído llamar en su casa "Pedro y Pedro Rico", como hubieran podido llamarlos Pedro rico y Pedro pobre, Pedro blanco y Pedro negro; vio el cadáver y avisó al superior: "mataron á Pedro rico". Más tarde se hallaron otros muertos en el campo de batalla y se formó un complemento para enviar á Medellín y allí figuró el nombre de Pedro Uribe, omitido en la lista primitiva.

¡Pero qué casualidad! Decían á una los que escuchaban el relato de lo que había pasado.

¿Casualidad?

Yá está dicho: La Casualidad es el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar.

JUANILLA

PERVERSIDAD

Al cumplir Felipe veinticuatro años resolvió casarse.

No era de extrañar en él semejante resolución, puesto que ya estaba locamente enamorado de una artesana primorosa, inteligente y muy trabajadora, cuando prometió llevarla al pie del altar.

Lola, (que así se llamaba la novia) á más de ser pobre y honrada, tenía entre otras condiciones, el andar menudito y agraciado el perfil." Ni los cachacos en las esquinas, ni los obreros en los talleres dejaban de soltar frases más ó menos tontas cada vez que pasaba Lola junto á ellos. Yá la tenían aburrida los zapateros y los emboladores con aquello de ¡ay sós! y otras simplezas por el estilo. Qué mucho si hasta el mismo día de la boda, al salir de la iglesia, yá casada, dos emboladores, al verla tan linda, no pudieron menos de exclamar:

-¡Ay sí hay...!

Felipe no era mal parecido.

Entre los artesanos, incluyendo el bello sexo, tenía fama de buen mozo.

Era, además, un trabajador incansable. Enemigo acérrimo del licor, podía reírse del hambre con esa salud, con esos brazos y ese carácter que Dios le diera, en compensación de *algo* que hacía falta, por lo menos en abundancia y como él lo deseaba en ocasiones.

A los dos meses de casados estalló la revolución. Comenzaron las rondas, las intrigas, los sustos de todo género, los escondites; todo aquello, en fin, tan odioso que trae consigo el reclutamiento en esta patria incorregible y desgraciada.

Los primeros días pudo Felipe sustraerse á las pesquisas de los agentes del Gobierno porque no salía del taller de carpintería donde trabajaba, encerrado con algunos otros del oficio, que tampoco salían a la calle ni de día ni de noche.

Pero esta situación no podía sostenerse por más tiempo, y, efectivamente, no se sostuvo. El mejor día, cuando menos lo pensó, vióse, muy a pesar suyo, entre oficiales, soldados, rifles, bayonetas, proyectiles y arreos militares, en uno de los cuarteles céntricos de la ciudad.

¡Imposible pintar la consternación de Lola!

Mezclada en el grupo de mujeres afligidas que, al frente del cuartel, lloraban sin consuelo por los pedazos del alma que les habían arrancado inicualemente, Lola estaba interesantísima. Su dolor aumentaba a

cada instante; los toques de corneta repercutían en su oído como voces de amenaza ó de muerte; cada redoble de tambor la hacía presentir algo funesto y pavoroso que no acertaba á comprender.

Al día siguiente marchó el pelotón en que había sido incorporado Felipe.

¿Lograría esquivar las balas, escapar de la fiebre y de tantos otros peligros á que se iba á exponer contra su gusto y sin el menor asomo de vocación militar? ¿Volvería sano y salvo á contemplar á su querida esposa, depositaria ya, según indicios, de algo sagrado, bendito y misterioso que había soñado él como el colmo de la felicidad sobre la tierra?...

Todo esto pensaba el pobre recluta, marchando cabizbajo y oprimido bajo el peso del dolor y del rifle, sintiendo los ardores de un sol canicular, y aspirando á bocanadas el polvo del camino.

* * *

Transcurrieron algunos meses.

Felipe recibió una herida en la mano derecha que lo imposibilitó para prestar servicio en los combates.

En desempeño de una comisión urgente y en compañía de otros militares, amigos suyos, emprendió marcha de regreso á la capital.

Lola, entretanto, había sufrido lo indecible con la incertidumbre y la separación, Nadie sabía á punto fijo el paradero de Felipe.

Una muchacha, que en otro tiempo había sido su novia ocasional y que se enamoró de él como una loca y aun pretendió, por todos los medios posibles, echarle, aunque en vano, la soga al cuello, se presentó un día en casa de Lola y así bruscamente, sin prevenirla, sin dorar poco ni mucho la píldora, le soltó la noticia de que á Felipe lo habían matado.

Calcúlese el efecto de semejante imprudencia en una mujer como Lola, que se hallaba en circunstancias anormales de salud y aun de espíritu.

Providencialmente no murió.

Felipe, que tampoco había vuelto á tener noticia alguna de Lola desde el día en que salió de la capital, incorporado en el Ejército, no podía disimular su inquietud durante el viaje; todo se le iba en atajar gente de la villa para preguntar por lo que tanto le interesaba. Maldito lo que sacaba en limpio; nadie sabía darle cuenta de su esposa.

Por último, en las afueras de un pueblo cercano á Medellín encontró quién le diera informes un poco detallados acerca de lo ocurrido en su casa durante aquellos meses que fueron siglos de ausencia. Allí

saboreó con íntimo placer la evidencia de lo que apenas se atrevía á esperar. Ya era padre de familia y el fruto de bendición era nada menos que un hombre, precisamente lo que él anhelaba.

Y "tenía que ser buen mozo y él lo enseñaría á ser gente, á trabajar, á temer á Dios, á honrar á sus padres" y que sé yo qué más, porque el bueno de Felipe, (que no se había relajado en la campaña) en cuanto supo aquello de la paternidad, se transformó en un niño completo, y, como tal, charlaba, reía, daba gritos, y aun se permitía algunas zapatetas, extrañas para cuantos veían el resultado sin saber la causa.

-¡A ver el niño, á ver!... ¡pronto, querida! -fue la exclamación de Felipe al abrazar á su mujer.

Lola no hacía más que llorar é impedir que su esposo viera al niño y lo tomara en sus brazos.

-Está durmiendo -exclamó desesperada.

-¡No le hace! -dijo Felipe.

Y diciendo y haciendo cogió al recién nacido, lo acercó a la mesa en que ardía débilmente una vela de sebo alumbrando á un Niño Dios, y... quedó atónito, mirando con ojos espantados aquello que no era un niño como todos... ni un hombre como los demás...

¡Aquello era un monstruo!

Al pobre Felipe, en un acceso repentino de enajenación mental, se le antojó la sonrisa del Niño Dios que tenía delante y le miraba con dulzura, satánica mueca de burla incalificable... ¡algo como la alegría del Cielo en presencia de su horrible desgracia!

Padre é hijo rodaron por el suelo, con un ruido siniestro que heló de espanto á la desdichada madre.

¡Así debe sonar dentro del alma la dicha que se desploma y se convierte en ruinas!

GONZALO VIDAL.

A LA PLATA!

(Para hombres solos)

Aquel enjambre humano debía presentar á vuelo de pájaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrientos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolones oscuros y sebosos, los paraguas apabullados, tántos pañuelos y trapajos retumbantes eran el guardarropa de un Arlequín. Animadísima estaba la feria: era primer domingo de mes, y el vecindario todo había acudido á renovación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa carne que se acarñoaba al resistero, buscaban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendidos de cachivaches se agrupaban las muchachas campesinas, sudorosas y sofocadas, atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, á regateo limpio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnicería, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tánta plebe y negrería, formaban, sumados, la hediondez genuina, paladinamente manifestada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la rebatiña vertiginosa de la venduta componían, sumados también, el baladro de la bestia. Llenaba todo el ámbito del lugarón.

Sonó la campana, y cátrate al animal aplacado. Se oyó el silencio, silencio que parecía un asueto, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta religioso sería ese silencio. Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada la pez, reanudose aquello. Pero por un instante solamente, porque, de pronto, sintióse el pánico, y la palabra "encierro!" vibró en el aire como preludio de juicio final. Encierro era, en toda regla. Los veinte soldados del piquete que inopinada y repentinamente acababan de invadir el pueblo, habianse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, á bayoneta calada. Fue como un ciclón. Desencajados, trémulos, abandonándolo todo, se dispararon los hombres, y hasta hembras también, á los zaguanes, á la iglesia. Pobre gente! Todo en vano, porque, como la amada de Lulio, ni en la casa de Dios está segura.

De allí sacaron decenas. Cayó entre los cazados el caratejo Longas. Lo que no lloró su mujer, la señá Rufa, llorólo á moco tendido María Eduvigis, su hija. Fuese ésta con súplicas al alcalde. A buen puerto arrimaba: cabalmente que al caratejo no había riesgo de largarlo. Figúrense! El mayordomo de Perucho Arcila, el rojo más recalcitrante y más urdemales en cien leguas á la redonda, un pícaro, un bandido. Antes no era tánto para todo lo rojo que era el tal Arcila.

Ya desahuciado y en el cuartel, llamó el caratejo á conferencia á su mujer y á su hija, y habló así: "A lo hecho, pecho, Corazón con Dios, y peganos del manto de María Santísima. A yo, lo que es matame, no me matan.

Allá verán que ni an mal me va. Ello más bien es maluco dejalas como dos ánimas; pero ai les dejo máiz pa mucho tiempo. Pa desgusar el ganao del patrón, y pa mantener esas mangas bien limpias, vustedes los

saben hacer mejor que yo. Sigán con el balance de la güerta y de los quesitos, y métnle á estas placeñas y á las amadoras los güevos hasta las cachas, y allá verán como enredamos la pita. Mirá, Rufa, si aquellos muchachos acaban de pagar la condena antes de que yo güelva, no los admitás en la casa de mantenidos. Que se larguen á trabajar, ó á jalale á la vigüela y á las décimas si les da la gana. Y no s'infusquen por esto... últimadamente, el Gobierno siempre paga."

Y su voz selvática, encadenada en gruñidos, con inflexiones y finales dejativos; ese acento característico de los campesinos de nuestra región oriental, los acompañaba el orador con mil visajes y mímicas de convencimiento, y un aire de sacarronería y unos manoteos y paradas de dedo de una elocuencia verdaderamente salvaje. Ayudábale el carate. Por aquella cara larga, y por cuanto mostraba de aquel cuerpo langaruto y cartilaginoso, lucía el jaspe con vetas de carey, con placas esmeriladas y nacarinas. Pintoresco forro el de aquella armazón.

Ensartando y ensartando, dirigióse al fin á la hija, y con tono y un gesto allá, que encerraban un embuchado de cosas, le dice, dándole una palmadita en el hombro: "Y vos, no te metás de filática con el patrón: es muy abierto!"

¡Culebra brava la tal Eduvigis! Sazonado por el sol y el viento de la montaña, era aquel cuerpo en que no intervinieron ni artificio ni deformación civilizadores, obra premiada de naturaleza. Las caderas, el busto bien alto la proclamaban futura madre de la titanería laboradora. El cabello, negro, de un negror profundo, se le alborotaba indomable como una pasión; y en esos ojos había unas promesas, unos rechazos y un misterio que hicieron empalidecer más de un rostro masculino. Un toche habría picado aquellos labios como pulpa de guayaba madura; de perro faldero eran los dientes, por entre los cuales asomaba tal cual vez, como para lamer tánta almíbar, una puntita roja y nerviosa. Por este asomo lingüístico de ingénito coquetismo, la regañaba el cura á cada confesión, pero no le valía. Así y todo, mostrábase tan brava y retrechera, que un cierto galancete hubo de llevarse, en alguna memorable ocasión, un sopapo que ni un trancazo. Fuera de que el caratejo la celaba á su modo. El tenía su idea. Tánto, que, apenas separado de la muchacha, se dijo, hablado y todo y con parado de dedo: "Verán como el patrón le quebrantaba ahora los agallones".

Y pocos días después partió el caratejo para la guerra.

* * *

Rufa, que se entregó en poco tiempo y por completo al vicio de la separación, cuando los dos hijos partieron á presidio, bien podía ahora arrostrar esta otra ausencia, por más que pereciera cosa de viudez. Y tánto como pudo! Ni las más leves nostalgias conyugales, ni asomos de temor por la vida del marido, ni

quebraderos de cabeza porque volara el tiempo y le tornase el bien ausente, ni nada vino á interrumpir aquel viento de cristiana filosófica indolencia. A vela henchida, gallarda y serenísima, surcaba y surcaba por esos males de leche. Y eso que en la casa ocurrió algo, y aun algos, por aquellos días. Pero nó: sus altas atribuciones de vaquera, labradora y mayordoma de finca, en que dio rumbo á sus actividades y empleo á la potencia judaica que hervía en su carácter, no le daban tiempo ni lugar para embelecocos y enredos de otro orden. ¡Lo que es tener oficio!

Hembra de canela é inventora de dineros era la tal Rufa Chaverra. Arcila declaróla luégo luégo espejo de administradoras. Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo limpio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asomase la cabeza. Con sapientísima oportunidad salaba y ponía el fierro á aquel ganado, cuyo idioma parecía conocer, y á quien hacía los más expresivos reclamos, bien fuese colectiva ó individualmente, ya con bramido bronco -igual que una vaca- si era á res mayor, ahora melindroso, si se trataba de parvulillos; y siempre con el nombre pila, sin que *La Chapola* se le confundiese con *La Cachiponda*, ni *El Careperro* con *El Mancoreto*. Hasta medio albétara resultaba en ocasiones. Mano de ángel poseía para desgusantar, hacer los untos y sobaduras, y gran experiencia y fortuna en aplicar menjurjes por dentro y por fuera. La vaca más descastada y botacrías no se la jugaba á Rufa, que ella, juzgando por el volumen y otras apariencias de la proximidad del asunto, ponía á la taimada en el corral por la noche, y, si alguna vez se necesitaba un poco de obstetricia, allí estaba ella para el caso. En punto á echar argollas á los cerdos más bravíos, y de hacer de un ternero algo menos ofensivo, allá se las habría con cualquier itagüiseño del oficio. Iniciada estaba en los misterios del harem, y, cuando al rebuzno del pachá respondían eróticos relinchos, ella sabía si eran del caso ó no eran idilios á puerta cerrada, y cuál la odalisca que debía ir al tálamo. Porque sí ó porque nó, nunca dejaba de apostrofar al progenitor aquél con algo así: "¡Ah taita! Como no tenés más oficio que jartar, siempre estás dispuesto pa la vagamundería!"

Si tan facultativa y habilidosa era para manejar lo ajeno, cuánto y más no sería para lo propio. Ni se diga de los gajes con la leche que le correspondía; ni de los productos del gallinero; ni de esa huerta donde los mafafales alternaban con la achira, los repollos con las pepineras, las vitorias con las auyamas.

Pues resultó que todo estuvo á pique de perderse. Del huracán que ahora corre, llegaron ráfagas hasta la montañesa. Supo que unas amigas y comadres mazamorreaban orillas de *La Cristalina*, riachuelo que corre obra de dos millas de la casa de Arcila. Lo mismo fue saber que embelecarse. So pretexto de buscar un cerdo que dizque se le había remontado, fuese á las lavadoras de oro, y con la labia y el disimulo del mundo les sonsacó todas las mañas y particularidades del oficio. Ese mismo día se hizo á batea, y vierais á la rolliza campesina, con las sayas anudadas á guisa de bragas, zambullida hasta el muslo, garridamente repechada haciéndole bailar á la batea la danza del oro con la siniestra mano, mientras que con la diestra iba

chorreando el agua sobre la fina arena, donde asomaban los ruidos oscuros de la jagua. Al domingo siguiente cambió el oro, y cuál se le ensancharía el cuajo cuando tuvo amarrados á pico de pañuelo 36 reales de un boleó.

Dada á la minería pasara su vida entera, á no ser por un cólico que la retuvo en cama varios días, y que le repitió más violento al volver al oficio. Más no cedió en su propósito: mandó entonces á la Eduvigis, á quien le sentaron muy bien las aguas de *La Cristalina*. Mientras la hija pasaba de sol á sol en la mazamorrería, la madre cargaba con todo el brete de la finca... Y tan campantes y satisfechas!

Más rastro deja en un espejo la gota de agua, que en el ánimo de Rufa las noticias sobre la guerra, que oía en el pueblo los domingos y los dos días de semana en que iba á sus ventas. Lo que fue del caratejo, no llegó á preocuparse hasta el grado de indagar por el lugar de su paradero. Bien confirmaba esta esposa que las ternuras y blandicies de alma son necesidades de los blancos de la ciudad, y un lujo superfluo para el pobre campesino.

Envueltos en la niebla, arrebuados y borrosos mostrábanse riscos y praderas; la casa de la finca semejava un esbozo de paisaje á dos tintas; á trechos se percibían los vallados y chambas de la huerta, las aristas del techo, el alto andamio del gallinero; solo alcanzaban á destacarse con alguna precisión los cuernos del ganado, rígidos y oscuros, rompiendo esas vaguedades, cual la noción del diablo la bruma de una mente infantil. A la quejumbrosa melodía de los recentales, acorralados y ateridos, contestaban desde afuera los bajos profundos y cariñosos de las madres, mientras que Rufa y Eduvigis renegaban si Dios tenia qué en las bregas y afanes del ordeño. Eduvigis, en cuclillas, remangada hasta las axilas, cubierta la cabeza con enorme pañuelo de pintajos, hacía saltar de una ubre al cuenco amarillento de la cuyabra el chorro humeante y cadencioso. Un hálito de vida, de salud se exhalaba de aquel fondo espumoso. Casi colmaba la vasija cuando un grito agudo, prolongado adrede, rasgó la densidad de esa atmósfera. La moza se suspende; el grito se repite más agudo todavía. "Mi taita!" exclamaba Eduvigis, y sin pensar en leches ni en ordeños, corre alebrestada chamba abajo.

No se engañaba. *Buen amigo*, que sí lo era en efecto, descolgóse á saltos, lengua afuera, la cola en alboroto. Impasible, la señá Rufa permaneció en su puesto. A poco llegóse el caratejo con el perro, que quería encaramársele á los hombros. Marido y mujer se avistaron. Nada de culto externo ni de perrerías en aquel saludo. Dijérase que acababan de separarse.

-¿Y qué es lo que hay pal viejo? -dice Longas por toda efusión.

Y Rufa, plantificada, totuma en mano, con soberano desentendimiento, contesta:

-¿Y eso qué contiene, pues?

-Pues que anoche llegamos al sitio, y que el Fefe me dio licencia pa venir á velas, porque mañana go

esta tarde seguimos pa la Villa.

Facha peregrina la de este hijo de Marte. El sombrero hiperbólico de caña abigarrada, el vestido mugriento de coleta, los golpes rojos y desteñidos del cuello y de los puños, los pantalones holgados y caídos por las posas y que más parecían de seminarista, dignos eran de cubrir aquel cuerpo largo y desgavilado. Ni las escaseces, ni las intemperies, ni las fatigas de campaña habían alterado en lo mínimo al mayordomo de Arcila. Tan feo volvía y tan caratejo como se fue. Por morral llevaba una jíquera algo más que preñada; por faja una chuspa oculta, y no vacía.

Rufa sigue ordeñando. Toma Longas la palabra:

-Pues, pa que lo viás. Ya lo ves que nada me sucedió. Los que no murieron de bala, se templaron de tanta plaga y de tanta mortecina de cristiano, y yo ai con mi carate: la cáscara guarda el palo.

Y aquí siguió un relato bélico autobiográfico, con algo más de largas que de cortas, como es usanza en tales casos. Rufa parecía un tanto cohibida y preocupada.

-¿Y ontá la Duvigis? -dice de pronto el marido, cortando la narración.

-Pes ella... pes ella... poai cogió chamba abajo, izque porque vos la vas á matar.

-¡A matala!? Y por qué gracia?

-Pes... ella... ¿no salió, pues, con un embeleco de muchacho?

-¡De muchacho? -prorrumpe el concripto abriendo tamaños ojos, ojos donde pareció asomar un fulgor de triunfo -Con que, muchacho? Y pueso se esconde esa pendeja? Y ontá el muchacho?

-Aí no está, pues, en la maca?

-Andá llamáme á esa boba.

Y tirando corredor adentro, se coló al cuartocho. Debajo de la cama, pendiente de unos rejos, oscilaba la batea. Envuelto en pingajos de colores verdosos y alterados, dormía el angelito. No pudo resistir el abuelo á la fuerza de la sangre, ni menos al empuje de un orgullo repentino que le borbotó en las entrañas. Sacó de la batea la criatura, quien al despertar y ver aquella cara tan fea y tan extraña, puso el grito en el cielo. Era José Dolores Longas un rollete de manteca, mofletudo y cariacontecido; las manos, unas manoplas; las muñecas, como estranguladas con cuerda, á modo de morcilla; las piernas tronchas y exuberantes, más huevos de arracacha que carne humana; una figura eclesiástica, casi episcopal. Iba á quebrarse con los berridos que lanzaba: cuidado si había pulmones! El soldado cogió en los brazos, haciéndole zarandeos, o vía de arrullo. Abrazaba su fortuna: en aquel vástago veía el caratejo horizontes azules y rosados de dicha y prosperidad. El predio cercano, su sueño dorado, era suyo; suyas unas decenas de vacas; suyo el par de muleros y los aparejos de la arriería, y quién sabe si la casa, esa tan amplia y espaciosa, no sería suya pasado corto tiempo? ¡El patrón era tan abierto! tan abierto! Calmóse un tanto el monigote. Escrutólo el

caratejo de una ojeada, y se dijo: "Igualito al taita!"

Entretanto, Rufa gritaba desde la manga: "¡Que vengás á tu taita que no está nada bravo! Que no sias caraja! Subí, Duvigis, que siempre lo habís de ver!"

La muchacha, más muerta que viva, á pesar de la promesa, subía por la chamba minutos después. Pálida por el susto, parecía más hermosa y escultural. Levantó la mirada hacia la casa, y vio á su padre en el corredor con el niño en brazos. A paso receloso llégase á él; arrodillasele á las plantas y murmura:

-Sacramento del altar, taita!

Y con la diestra carateja, le rayó la bendición el padre, no sin sus mijas de unción y de solemnidad. Mandóla luégo la madre á la cocina á preparar el agasajo para el viajero, y Rufa, que ya en ese momento había terminado sus faenas perentorias, tomó al nieto en su regazo, y se preparó al interrogatorio que se le venía encima.

-Bueno -principia el marido, -y el patrón siempre le habrá dejao á la muchacha... por lo menos sus tres vacas, y le habrá dao mucha plata pa to los gastos?

-Eh! -replica Rufa -¿Usté por qué ha determinao que fue don Perucho?

-¿Qué no fue el patrón? -salta el caratejo desfigurándose.

-Si fue Simplicio, el hijo de la dijunta Jerónima.

-Ese tuntuniento! -vocifera el deshonorado padre -Un muertodihambre que no tiene un cristo en qué morir! ¿Y vos, so almártaga, pa que consentites esos enredos?

La cara se le desencajó, le temblaban los labios como si tuviera tercianas. "Yo mato á esa arrastrada, á esa sinvergüenza!" Y, atontado y frenético se lanza á la cocina, agarra una astilla de leña, y á cada golpe escupe sobre la hija un insulto, una desvergüenza, una bajeza. Cuando la infeliz yacia por tierra, convulsa y sollozante, arrimóle Longas formidable puntapié, y exclamó tartajoso: "Te largás... ahora mismo... con tu muchacho... que yo no voy á mantener aquí vagamundas!"

Y salió disparado camino del pueblo, como huyendo de su propia deshonra.

TOMÁS CARRASQUILLA.